

LAS LÁGRIMAS DE UN PAYASO

*¡Actuar! ¡Mientras preso del delirio,
no sé ya lo que digo
ni lo que hago!
Y sin embargo, es necesario...
¡esfuérzate!
¡Bah! ¿Acaso eres tú un hombre?*

Ruggero Leoncavallo

Siento mariposas en el estómago. El miedo, la incertidumbre y el nerviosismo hacen estragos en mí. Había tenido una sensación similar el día en que la vi por primera vez en este mismo sitio. No estamos bajo una colorida carpa gigante sino en un simple auditorio repleto de sillas acolchonadas. Un ejército de zanqueros, acróbatas, escapistas, tragafuegos, contorsionistas, mimos, malabaristas, magos, tragasables, monociclistas y colegas payasos me acompañan. El *Théâtre des Variétés* da aviso para empezar nuestra esperadísima intervención, así que damas y caballeros, que comience la función

*La vi parada allí, vistiendo una chaqueta de
cuero, solitaria, seria, con los brazos*

cruzados y recostada contra la pared mirando el espectáculo mientras esperaba a alguien.

Redobles, por favor. Cuando lo circense entra en acción, hace que mis sentimientos reflejen esa acostumbrada emoción que se experimenta cuando se abre el telón. El maquillaje exagerado adorna mi rostro y una gran nariz roja se destaca en mí ser. Los pantalones bombachos los llevo a rastras por culpa de unos tirantes inservibles que se sueltan con facilidad. Salgo al escenario y torpemente simulo caerme. Las risas no se hacen esperar.

La vi caerse una vez, vistiendo una falda hippie decorada de flores, mareada, risueña, con las rodillas raspadas y siendo auxiliada por ebrios caballerosos que querían llamar su atención.

Entretengo al público bailando ridículamente. Mis compañeros, unos hacen maromas y otros cantan desafinado. Chaplin me golpea en la sien con un martillo de hule, como en esas películas en las que lo *slapstick* se vuelve atractivo, y lloro con exageración cuando miro a la muchacha que le causa inseguridades a mi corazón. Inevitablemente me veo evocando

esa antigua premonición de frustración y dolor.

La vi acostada allí, con su pijama de seda puesta, melancólica, triste, con las lágrimas bajando por sus mejillas, escuchando a su banda favorita y abrazando con fuerza su almohada de plumas por el sufrimiento que le causaba el no poder cumplir su más anhelado sueño.

Me pongo de pie, supuestamente recuperado de ese falso estruendo en la cabeza. Sonríó con un dejo de picardía al público. Houdini hace su número de escapismo y Pernito y Bebé ayudan a animar a la concurrencia. Los niños en la primera fila, sosteniendo manotadas de dulces, luchan por controlar sus efusivas carcajadas. Reconfortan porque hacen sentir que por lo menos para algún individuo, todo esto valió la pena. Un gratificante momento, un simple regalo a la humanidad del cual no espero cambio.

La vi emocionada allí, con su vestimenta de chica mala, contenta, alzando los brazos señal de victoria, con un bello resplandor en sus ojos, tratando de ocultar la felicidad que experimentó ese día cuando su banda